



Recetas para fortalecer el movimiento contra el cambio climático

Juan López de Uralde
Director Ejecutivo de Greenpeace

Escribo estas líneas coincidiendo con la celebración del 25 aniversario de Greenpeace en España. Un momento, por tanto, adecuado para la reflexión sobre el impacto del movimiento ciudadano, y en concreto ecologista, en la acción política, empresarial o, finalmente, la realidad en la que nos movemos en materia de cambio climático. No cabe duda que, si de algo podemos estar orgullosos, es precisamente del aumento perceptible de preocupación social ante los problemas ambientales. Pero, ¿es suficiente ese aumento de la conciencia para generar los cambios necesarios? Y, si no es así, ¿cómo debemos actuar desde el ecologismo organizado ante la urgencia que requiere dar respuestas ante el aumento de las emisiones contaminantes que agravan el efecto invernadero y causan el cambio climático?

La respuesta social a este problema ha ido pasando por distintas fases. La primera, sin duda, vino desde grupos ecologistas y un sector minoritario de la comunidad científica y hay que ubicarla en la década de los ochenta del pasado siglo. En aquellos años se empezaron a publicar los primeros datos, y escenarios de aumento de las temperaturas y a relacionarlos con el aumento de la concentración de CO₂ en la atmósfera. Cabe destacar el papel de científicos como James Hansen, director del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA y decano del cambio climático, en la difusión de información científica pionera que luego los hechos han ido confirmando. Esta tarea de difusión minoritaria no está lejana del momento en que el efecto –el cambio climático– se relaciona de manera genérica con los agentes causales más importantes –los combustibles fósiles–; ya que esta fase culmina con la Cumbre de Río de Janeiro en 1992, en la que por vez primera hay un compromiso internacional de los Jefes de Estado para llegar a un acuerdo que ponga fin al cambio climático antropogénico.

No hay que olvidar que desde el comienzo de este proceso la industria de los combustibles fósiles –fundamentalmente petroleras y carboneras– han financiado un amplio movimiento de “escépticos o negacionistas” que niegan sistemáticamente cualquier efecto de la contaminación en el clima. Estos actores corporativos han jugado un papel determinante a la hora de retrasar la adopción de medidas tendentes a reducir las emisiones. Su discurso es evidente: “hay dudas, por tanto no debe haber acción”.

La segunda fase puede datarse a partir de la Cumbre de Río y cubriría prácticamente toda la década de los 90 del pasado siglo. A lo largo de aquellos años, se producen las negociaciones del Protocolo de Kioto, que culminan en 1997, y al mismo tiempo la primera gran campaña de lavado de imagen de la industria sucia, tratando de dar a entender que se han hecho conscientes del problema y que van a cambiar. En esos

años el rol de denuncia sigue estando casi en solitario en manos de las organizaciones ecologistas, que centran su solitario esfuerzo en que la legislación internacional se endurezca y se ponga freno al aumento constante de las emisiones. Sin embargo la llegada a la Casa Blanca de George Bush jr., y muy especialmente tras el atentado contra las Torres Gemelas en 2001, tiene un dramático efecto desmovilizador.

En los primeros años de este siglo, la agenda *neocon* norteamericana domina el espectro político internacional y en ella se incluye casi sin fisuras el discurso del negacionismo del cambio climático. En este contexto las organizaciones críticas tienen muy difícil ejercer la influencia que lograron en los años 80 y 90 y se produce una profunda parálisis en todo lo relacionado con la lucha contra el cambio climático.

Sin embargo los efectos sobre el medio ambiente del cambio climático empiezan a hacerse evidentes. Un año tras otro se batien records de temperaturas y empieza a visualizarse ya lo que hasta entonces habían sido sólo predicciones. De hecho, entre los diez años más cálidos desde que se tienen registros se encuentran casi todos los de este siglo XXI.

Así las cosas, entra en vigor el Protocolo de Kioto en febrero de 2005. Se trata de un débil reflejo de lo que en un principio se pretendía conseguir, ya que los obstáculos que Kioto debió superar lo fueron debilitando en su camino. El mismo día de su entrada en vigor se hace evidente su insuficiencia y la necesidad de una nueva herramienta, mucho más ambiciosa y exigente.

Nos ponemos por tanto en el momento actual, en el que los factores que inciden en la cuestión son lo siguientes:

- Unos impactos ambientales ya evidentes del cambio climático.
- Una conciencia ampliada a sectores sociales más amplios que el ecologismo (ONGD, sindicatos, educadores, científicos...).
- Una opinión pública más consciente del problema
- El desarrollo incipiente de sectores industriales vinculados a la solución del problema (energías renovables).

En el lado más negativo nos encontraríamos con:

- La resistencia al cambio de la industria.
- La incapacidad de la clase política para hacerle frente.
- Falta de liderazgo internacional (aunque la reciente irrupción de Obama genera nuevas expectativas en este contexto).

Es, por tanto, el reto del movimiento social contra el cambio climático el de romper la actual inercia de inacción que no hace sino dejar que el problema se agrave; así como transformar los actuales niveles de conciencia en acción concreta que sea motor de cambios estructurales.

¿Hasta qué punto se están cumpliendo estas expectativas?

Desde mi punto de vista las movilizaciones globales que están teniendo éxito siguen incidiendo en el tema de la conciencia, más que en el de la reivindicación. Por ejemplo, los famosos apagones tienen una amplia repercusión mediática y, en algunos casos, una participación relevante de la ciudadanía. Sin embargo siguen siendo puros elementos concienciadores y cuentan incluso con el respaldo de aquellos que generan el problema (administraciones públicas, empresas, etcétera).

Considero que el momento de la conciencia ha terminado y que ha llegado la hora de

la acción. En este contexto me da la sensación que los gobiernos no sienten todavía de manera suficiente la presión de la ciudadanía en la cuestión del cambio climático y no se sienten impelidos a actuar. Si pueden participar alegremente en los apagones, por ejemplo, no se ven forzados a adoptar acciones políticas más concretas.

Ciertamente la lucha contra el cambio climático se ha ampliado y hay muchos más actores pero, ¿es esta lucha una acción prioritaria para esas organizaciones? Si analizamos, por ejemplo, las organizaciones que forman Coalición Clima en España, o cualquiera de sus ramas internacionales, nos daremos cuenta de que hay una gran diversidad, lo cual es muy positivo. Desde sindicatos, hasta organizaciones de desarrollo o de consumidores forman parte de la coalición ciudadana que trata de hacer frente al cambio climático. El avance, por tanto, de la conciencia sobre el problema puede considerarse un éxito. Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer que no forma parte de la acción prioritaria de algunas de estas organizaciones, lo cual redundará en una cierta pérdida de efectividad. Pensemos, por ejemplo, la debilidad de un mensaje de crítica a las emisiones mientras, desde la misma organización, se puede estar defendiendo la explotación del carbón, por motivos bien diferentes.

En todo caso a la hora de medir la efectividad de una campaña concreta debe fijarse, en primer lugar, algún indicador que pueda dar idea del nivel de éxito conseguido. Mientras en el caso de los apagones, este indicador puede ser el consumo de energía –si de lo que se trata es de conseguir una movilización masiva de ciudadanos– o simplemente el apoyo de ciudades e instituciones si se trata de hacer llegar un mensaje a través de los medios. En base a estos indicadores las movilizaciones pueden considerarse exitosas.

Ahora bien, el único indicador real finalmente válido en función de la realidad ambiental es la evolución de las emisiones de CO₂ y de su concentración en la atmósfera. El análisis de estos datos muestra un claro aumento en la última década del ritmo de crecimiento de las emisiones, que sólo se ha detenido recientemente por motivo de la crisis económica. Por regiones del mundo las emisiones crecen casi sin freno en Asia y América, están estabilizadas en Europa y son muy pequeñas en África. Por tanto puede decirse que, globalmente, el movimiento contra el cambio climático ha tenido un éxito muy insuficiente y, en todo caso, moderado solamente en Europa.

Partiendo de esta realidad conviene hacer una reflexión crítica, sobre todo para buscar una mayor efectividad. Pero para ello hay que tener en cuenta, en todo caso, que la magnitud del cambio que se propone es enorme y que es posible que los resultados del movimiento sean todavía poco visibles y que se vayan manifestando con cierto desfase de tiempo.

Sin duda la falta de respuesta política ante las sucesivas alarmas que se han generado tiene un gran efecto desmovilizador: si la ciudadanía que se moviliza ante lo que considera un problema grave no obtiene una respuesta adecuada de los responsables políticos, puede simplemente concluir que el problema no debe ser tan grave si a la gente que tiene mayor capacidad de decisión parece no importarle. El efecto desmovilizador de esta actitud política es tan evidente, como peligroso. Mucha gente se ha dirigido a mí con cierta frustración en este sentido y es un tema que no deberíamos dejar pasar ya que cada oportunidad que se pierde, cuesta recuperarla.

Lo que tratamos de conseguir es que la sociedad humana abandone su actual dependencia de los combustibles fósiles para pasar a una nueva era en la cual las energías renovables sean el motor energético de la sociedad. Teniendo en cuenta la importancia que tienen las fuentes de energía en la configuración del modelo social, no es comparable el cambio propuesto a ninguno que hayamos visto en tiempos

recientes. Como no lo son tampoco la magnitud de los adversarios, que en parte somos nosotros mismos, adictos a unos niveles de consumo insostenibles.

En este contexto algunas ideas para conseguir una mayor efectividad podrían ser las siguientes:

- Ampliar la base de organizaciones comprometidas en la lucha contra el cambio climático. Quedan muchísimas instituciones y organizaciones ciudadanas que, aun compartiendo la preocupación por el problema, no han pasado a una fase de mayor movilización. Entre ellas muchos sindicatos, otros movimientos sociales, asociaciones sectoriales, etc.
- Llevar la lucha desde lo teórico a lo concreto. Es difícil que la gente se movilice “contra el cambio climático”, una cuestión que se percibe como lejana y cuyas causas son tan diversas como difíciles de atacar. Sin embargo la gente se mueve en favor de la bicicleta, contra una central térmica, una incineradora, contra el abuso del coche o por la peatonalización del barrio.
- Transformar los mensajes, desde el “qué puedo hacer yo” a “movilízate”. Se incide demasiado en la acción individual, pero se soslaya la acción colectiva que es mucho más efectiva. Por eso hay que transformar la voluntad ciudadana de hacer algo en ganas de moverse colectivamente en pro de reivindicaciones concretas y generales.
- Buscar nuevas formas de responsabilizar a los políticos. Hasta ahora la clase política ha eludido globalmente cualquier tipo de responsabilidad ante la inacción frente al problema del cambio climático. Deberíamos buscar la manera de enfrentar al político con su responsabilidad global en esta cuestión o no conseguiremos ver una mayor acción.
- Fortalecer alianzas. Hasta ahora existen pero todavía son frágiles y no tienen suficiente fuerza para forzar cambios drásticos. Para ello es necesario un mayor compromiso de las organizaciones ya movilizadas y una mayor diversidad de organizaciones.
- Responsabilizar a administraciones e instituciones que no se han dado por aludidas. Me refiero a todo lo que va entre el individuo y la globalidad. Por ejemplo, ni ayuntamientos, ni comunidades autónomas, ni mancomunidades, ni comunidades de vecinos... parecen sentirse aludidas por el problema, sobre el cual pueden ejercer una enorme influencia y un cambio radical. Es importante que el movimiento ciudadano trate de incindir e influir en todos ellos.

Éstas son sólo algunas ideas que pueden fortalecer este movimiento y darle una mayor fuerza y efectividad. Sin duda hay muchas más ahí fuera y se trata también de estar abiertos a esas ideas innovadoras que son necesarias para fortalecer y hacer más efectivo el movimiento contra el cambio climático.